

SAN IGNACIO DE LOYOLA Y LA VENTA DE ITURRIOZ



Es *Iturrioz*, una de las hospederías más antiguas y conocidas en esta provincia. Situada á la falda del monte Hernio, distante pocos kilómetros del pueblo de Aya por un lado, y el punto dominante por el otro, de la vecina villa de Asteasu, es muy visitada, tanto por los excursionistas que verifican sus ascensiones con objeto de disfrutar de aires puros y saludables y de un panorama encantador, como por los que movidos por la fé y devoción y en cumplimiento de santa promesa visitan la Cruz de *Hernio*; también para los cazadores es el punto favorito, por encontrar en todas épocas el objeto de sus entretenimientos; y más principalmente debe *Iturrioz* su animación, á que es el paso obligado, o sea la *parada y fonda*, para los traficantes y caseros, que de las cercanías y pueblos, como Zarauz, Orio, etc., pasan á internarse en la provincia, con ocasión especial de las distintas fêrias y mercados. Inútil es consignar que el viajero siempre encuentra en *Iturrioz* abundancia de comestibles, agua riquísima, muy apetecible cuando más aprietan las calores, y que acredita por su frescura, el nombre de la venta, al que debió dar su origen. La casa se conserva perfectamente, á pesar de los años de existencia, y bien se explica, observando su sólida construcción, tanto en el material de piedra como en la madera. En su interior abundan habitaciones amplias y desahogadas, y posee un comedor que lo envidiarían muchos restaurants y hoteles, porque si está exento (como es natural) de lujo, en cambio, dominan en él, la luz, rica ventilación y tranquila comodidad.

Una de las habitaciones de *Iturrioz* tiene su historia, que motiva estas líneas, y la consignamos conforme nos la han referido en aquel lugar.

La puerta del indicado cuarto, quizás sea para un arqueólogo un

monumento de importancia, pero el profano sólo observa en ella vestigios y restos de antaño, con su cerradura bien antigua, de las que aún quedan algunos ejemplares en esta provincia, ó sea de las llamadas de calzada y picaporte, con sus característicos pernios, y además el aspecto de la puerta misma, que sin la reparación necesaria al tiempo transcurrido parece ostentar con distinción el significado de su excepcional abandono.

Tiene, sí, el recuerdo de una página más que pudiera añadirse á la virtud y humildad del Fundador de la Compañía de Jesús, del bienaventurado San Ignacio de Loyola, en la visita que hizo á su pueblo natal, pues noticioso el Santo de los preparativos que proyectaban para hacerle un digno recibimiento, y con el objeto de huir de todo género de pompas y manifestaciones, emprendió una marcha distinta al camino regular que conducía á Azpeitia, y al efecto, cambiando de rumbo se fué para la venta de Iturrioz. Dadas las jornadas y el tiempo calculado, viendo en Azpeitia que no llegaba el esclarecido hijo de Loyola para la fecha designada, sospecharon lo que acontece en análogas circunstancias, con las suposiciones más absurdas de que fuese víctima de algun accidente desgraciado, y llenos de intranquilidad enviaron emisarios á todos lados y distintas direcciones para averiguar su paradero. La Providencia quiso que uno de ellos fuera á dar á la venta de Iturrioz, quien preguntando á los dueños por las señas del que buscaba, contestaron los venteros manifestando: «que hacía algunas horas que á una de las habitaciones había llegado un nuevo huésped, desconocido para ellos». Queriendo el *propio* satisfacer su curiosidad, y quizás suponiendo la probabilidad de que el viajero á que aludían fuese el mismo por quien él se interesaba, haciendo caso omiso de indiscreciones, arrimóse cautelosamente á la puerta del cuarto (de referencia) y enfilando con el mayor cuidado el ojo por la cerradura (la que hoy existe), cuál no sería su sorpresa al ver de rodillas y orando á quien tan afanosos buscaban. Al reconocerlo, y no pudiendo dominar por más tiempo su asombro, dícese que exclamó: *Ignacio Loyolakua ber-bera dá, bera dá*, faltándole tiempo para correr presuroso á Azpeitia y comunicar el feliz hallazgo. Por tanto, y á pesar de la estratagemas empleada en su sencillez y modestia, no pudo librarse del cariñoso recibimiento que le dispensaron los azpeitianos, al que, preciándose siempre del más indigno y humilde, fué escogido por Dios para realizar una de las obras más grandes é importantes que registra

la historia de la Iglesia, la fundación de la Compañía de Jesús, que aparte de ser el más firme baluarte de la Religión contra sus enemigos, ha contribuido con sus talentos y ciencia á dar el mayor esplendor á todos los ramos del saber humano.

RAMÓN SORALUCE.

San Sebastián, Julio de 1896.

ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL ANTIGUA DE SAN SEBASTIÁN Y VARIAS OTRAS CURIOSIDADES



(CONTINUACIÓN)

Archivero.—Al hablar de los Jurados hemos dicho que ellos eran los encargados de custodiar los privilegios, libros registros y sellos, todo lo cual vemos confirmado en las Ordenanzas de 1489, al disponer que se hiciera un libro de las Ordenanzas, privilegios, rentas, propios, derechos y bienes Concejiles que la Villa tenía, y que dicho libro con todos los demás documentos del Concejo, estuviera bajo llave en el arca del mismo, sin que ninguno los sacase, sino cuando ocurriese una necesidad, y aun en ese caso, los Jurados habían de ser los encargados de tenerlos en su poder, sin fiar de persona alguna, no estando ellos presentes. Los acuerdos habían de tomarse con las copias simples ó autorizadas y no con los originales, los cuales habían de tomar y dar los Jurados bajo inventario, respondiendo de los que faltasen.

El año 1511 aparece que se hizo un arca ó armario para la custodia de los documentos, y en 1569, advertidos los señores del Regimiento del poco orden que había en los mismos, encargaron al Jurado D. Luis de Cruzat que los ordenase, pasando á la iglesia de Santa María, donde en aquella fecha se hallaba el archivo.

Así lo hizo, colocando los documentos en cajas de cartón, debi-